

El Gato con Botas



J. BALLESTA — Editor

ALSINA 2006
Buenos Aires



00163239



111665
006

EL GATO CON BOTAS

Erase una vez, un viejo molinero, que tenía en este pícaro mundo, tres hijos, un burro y un gato, todos los cuales, vivían en un molino que además de ser de su propiedad, les daba lo necesario para alimentarse él, sus hijos, el burro y el gato.

Todos contribuían en alguna forma a la marcha del molino.

El padre molía los trigos.

Los hijos sembraban, embolsaban y acarreamos los trigos.

El burro, llevaba las bolsas de grano desde el campo a la casa sobre sus costillas y lo mismo la harina, del molino al mercado.

Y por último, el gato, a más de cuidar de que

los ratones no se comieran los granos, cuando todos estaban sin saber de que hablar, les hacía un montón de piruetas para entretenerlos.

Así vivían todos en perfecta unión y muy felices.

Pero ocurrió que un día el molinero muy viejo ya, se sentía morir; por lo cual llamando a sus hijos, después de darles algunos consejos sacados de su experiencia, hizo la repartición de sus bienes, teniendo en cuenta el mayor derecho según la edad.

Así el molino, fué para el mayor, que se llamaba Antonio.

El burro para el de enmedio, que se llamaba Paco.

Y el gato para el menor, llamado Pepito.

Claro está, que los dos hermanos mayores podrían estar contentos con lo que les había tocado, pero en cambio el menor, Pepito, era el único que se lamentaba un poco, de lo que le había correspondido en la repartición.

Porque, realmente, la herencia era muy desproporcionada. El mayor, había obtenido un buen regalo de su padre, puesto que el molino valía bastante dinero, y además, ayudaba a ganarlo con mucha facilidad. El segundo, ya había salido peor parado, puesto que el burro, no valía ni la cuarta parte que el molino, y trabajando con él, no se obtenían tampoco las ganancias que siendo molinero. Pero el pobre Pepito ¿qué iba hacer con el gato? Porque un gato no sirve más

qué para cazar ratones y por esto no paga nadie ni un centavo.

Y ocurrió, que por una pequeña desavenencia, se pelearon los mayores con el menor, lo cual hizo que aumentaran las tribulaciones del muchacho.

Un día, sentado a la puerta de su covacha y con solo unos sueldos en el bolsillo, ante un fuego de leña se lamentaba así:

—Mis hermanos, buenos están, pues pueden ganarse fácilmente la vida asociándose y estando como muy honrados; pero yo, así que se me acaben mis sueldos, me moriré de hambre; en último caso me comeré mi gato, y me haré unas calzas con su piel, pero ¿y después?

El gato que era un animal muy inteligente lo miraba con sus hermosos ojos verdes como si le entendiera, y es que en realidad, aunque no os parezca, oía y entendía estas lamentaciones, por lo cual, revelóse y puso término a las mismas diciéndole a Pepito:

—No es necesario que desesperes amo mío, yo os sacaré de apuros.

Pepito muy descreído y desesperanzado le preguntó:

—¿Pero cómo lo harás?

—Tened confianza — le dijo el gato — pero dadme un saco y un par de botas para andar por entre la maleza y quizá veáis que vuestra suerte al tocarte yo como herencia, no ha sido tan mala como pensáis.

Pepito que no era muy crédulo, no fiaba mucho de esta promesa.

Pero también había visto que el gato era tan inteligente y usaba de tales astucias para cazar ratones y ratas y pajarillos, escondiéndose entre la harina, o haciéndose el muerto y otras picardías más, que no desesperó del todo, esperando que en realidad, le socorriese en su desgracia.

Cuando el gato tuvo lo que había pedido, se calzó las botas y atando los cordones que cerraban al saco, se lo puso en bandolera y se dirigió a un bosquecillo donde había muchos conejos.

Puso unas hojas de repollo y unos granos de maíz dentro del caso y llegado que hubo, abrió la boca del saco y se tumbó en el suelo como si estuviese muerto.

Así esperó, a que algún conejillo poco al tanto de estas artimañas, se metiese imprudente en su bolsón para comer el cebo que había puesto.

Al poco rato se cumplieron sus deseos.

En efecto, un atolondrado conejo muy glotón, se precipitó en el saco y don gato, tirando inmediatamente de las cuerdas, le agarró dentro. Luego lo mató sin piedad.

Muy alegre y con el saco al hombro, para dar muestra de su habilidad, se fué al palacio del rey y pidió hablarle.

Los soldados que montaban la guardia en el Palacio Real, quedaron muy asombrados de que un gato, un miserable gato, tuviera el descaro de



LES HACIA UN MONTON DE PIRUETAS

querer hablar nada menos que con Su Majestad el Rey.

Pero el gato les dijo:

—¡Estúpidos! ¡No sabéis conocer a las personas de calidad! ¿No véis, por mis botas, que soy un gato de primera categoría?... O es que habéis visto muchos gatos con botas?...

Los soldados que, efectivamente, no habían visto jamás un gato calzado, quedaron un poco suspensos ante estas razones.

Entonces don Gato — que era más listo que el hambre —, continuó:

—Andad y decidle a Su Majestad el Rey, que soy un enviado especial del Excelentísimo señor Marqués de Piedrabuena, y que vengo comisionado por mi noble señor, para traerle un regalo.

Al ver lo bien que se expresaba don Gato, y oír el nombre de un Marqués, uno de los soldados fué a decírselo al criado que estaba en el vestíbulo. Este se lo comunicó, al que guardaba la escalera. Y éste al que estaba en el pasillo. El del pasillo trasmitió el recado al de la antecámara que, a su vez, lo comunicó al mayordomo mayor. Este se lo dijo al Sumiller de Corps, que lo transmitió al gentil hombre de servicio, el que dió el recado a Su Majestad. El Rey, que era muy simpático y bastante ambicioso, le hizo gracia eso de que fuera un gato, el enviado por el Marqués de Piedrabuena, para traerle un regalo. Y

dió orden de que le hicieran pasar en seguida, pues eso de que le regalaran algo, le llenaba de alegría.

Subió taconeando con sus botas, al invitársele a que subiera a la sala del trono y al entrar a ella, saludando cortesmente al rey, le dijo:

—Aquí tenéis señor, un bello conejo cazado en el bosque del Marqués de Piedrabuena — éste fué el nombre de circunstancia con que se le ocurrió bautizar al amo y continuó: — en cuyo nombre os pido, que le hagáis el honor de aceptar.

—Díle a tu amo — contestóle el rey — que le agradezco su gentileza de sumo grado.

—¡Oh, Señor — exclamó don Gato con zalamería —. Mi amo, el Excelentísimo Señor Marqués de Piedrabuena, es un señor tan noble y tan poderoso que, sabiendo que os agradan sus obsequios, os los enviará muy a menudo. ¡Ya veréis señor, qué ricas y hermosas perdices y liebres tiene mi amo, en sus extensos territorios! Dentro de dos o tres días, volveré a visitaros, y os traeré, algún bocado digno de la boca de un Rey.

En otra ocasión, se escondió en un campo de trigo.

Puso su saco abierto; se tumbó como la otra vez y tuvo la felicidad de que entraran en él, dos perdices, tiro de un golpe y las cazó, al cerrarse la bolsa por tirar el de los cordones, y de inmediato corrió a ofrecérselas al rey de la mis-

ma manera que hiciera con el conejo. El rey aceptó el regalo muy complacido y mandó que le diesen al gato de beber todo lo que quisiese de leche.

Durante unos tres meses, don Gato, fué llevando de cuando en cuando, algunas otras piezas que al entregarlas al rey, le decía que eran piezas cazadas por su amo en sus bosques o tierras.

Cierto día, que don Gato se enteró, que el rey iba a ir a la orilla del río a pasear con su hija, que según se decía, era la princesa más bonita entre los reinos de los alrededores, fué corriendo donde el amo y le dijo:

—Mi buen amo, si sigues mis consejos, está cierto que lograrás fortuna. Ve a bañarte al río a un sitio que yo te he de indicar. Yo arreglaré lo demás.

El pseudo Marqués de Piedrabuena, hizo lo que el gato le indicara, ignorante de lo que el gato pensaba hacer.

Bañándose estaba, cuando al pasar el rey cerca, el gato empezó a gritar fuertemente.

—¡Socorro, Socooooorroooo! ¡Qué se ahoga el Marqués de Piedrabuena!

A los gritos que diera el gato, el rey se asomó por la ventanilla de su carroza y reconociendo al gato y el nombre del marqués, mandó a los guardias que corriesen en auxilio de éste.

En tanto que los guardias sacaban al fingido marqués del agua, se acercó el gato hasta la ca-



ALEGRE Y CON EL SACO AL HOMBRO

rraza del rey y dijo a éste que mientras su amo se estaba bañando unos ladrones le habían robado la ropa. La realidad era, que el muy pícaro la había escondido debajo de una piedra.

En virtud de las atenciones que había tenido el marqués de Piedrabuena, no podía por menos el rey, que mandar a buscar uno de sus mejores trajes para que se vistiera mientras tanto el marqués.

Vestido con tal traje, Pepito, que era bastante guapo y pasaba sus muy esbeltos veinte años, parecía todo un marqués de verdad, por lo cual el rey le colmó de atenciones.

Nada diremos de la hija del rey, que encontrándole muy del gusto de ella, acabó por enamorarse del marqués en cuanto se cruzaron unas cuantas miradas respetuosas pero muy apasionadas.

Como el rey insistiese en que el marqués los acompañara, éste no pudo menos que aceptar.

La princesa de buen grado le hizo lugar a su lado.

El gato estaba encantado, a maravilla iban saliendo sus planes.

A todo correr, tanto como se lo permitían sus piernas calzadas con botas, se adelantó al carruaje del rey.

Al divisar a unos leñadores, se armó de un gran cuchillo y amenazándoles, les dijo:

—Si el rey pregunta de quién es este campo de trigo y no les decís, que es del marqués de Piedrabuena os mato a todos.

Y cuando pasó el rey, los segadores asustados por la amenaza del gato, contestaron a coro cuando el rey les preguntó de quién era tan bello campo.

—Del marqués de Piedrabuena, Majestad.

El rey entonces le dijo a Pepito:

—Tenéis un campo hermoso, querido marqués.

—Sí; en realidad es bastante bueno; es muy productivo — contestó Pepito sin inmutarse.

El gato, cuando le oyó decir esto, se rió grandemente.

De nuevo se adelantó corriendo el gato hasta unos viñedos y allí hizo lo mismo que con los segadores, así que cuando la carroza llegó hasta esos campos sembrados de vides, los labriegos amedrentados por las amenazas del gato, respondieron cuando el rey les preguntó:

—¿De quién es este campo?

—Del marqués de Piedrabuena, — contestaron a un tiempo.

Lo mismo hizo el gato con otros campos por donde iba a pasar la carroza del rey, con la princesita y Pepito, que a las mil maravillas hacía el papel de marqués.

Para regresar, el coche tomó otro camino y entonces el gato se hizo el encontradizo, por lo que también fué invitado a subir en la carroza.

Al poco rato y con el bamboleo del coche el gato había conseguido aligerar los bolsillos del rey del dinero que llevaba.

Así que cuando atravesaban un pueblo, don Gato pidió permiso un momento para bajar en una confitería.

Así lo hizo y al minuto volvía cargado con una enorme y valiosa caja de bombones que ofreció a la princesa en nombre del marqués, del cual dijo — ya me los había encargado para usted, desde antes de subir al coche.

Con estas atenciones, y con lo que había oído de los labriegos y segadores, el rey tuvo la convicción de que el marqués era enormemente rico.

Así las cosas, en una de esas el coche subió por una loma y el gato vió un gran castillo que reconoció, como de propiedad del Ogro Barra-bás, que era inmensamente rico y a quien pertenecían también las demás tierras y viñedos que él había hecho pasar como de propiedad del marqués.

Le vino de perilla a don Gato, que el rey tuviera ganas de merendar y bajaron para hacerlo, en un bosquecillo a la sombra de las copas de los árboles.

El gato se excusó de quedarse y dijo que tenía que realizar una diligencia por allí cerca y que después, en todo caso, los encontraría.

En cuanto el primer recodo del camino le ocultó a la vista de los demás, comenzó a correr hacia el castillo, propiedad del Ogro y donde éste vivía.

Mientras corría iba pensando en lo bien que hasta ahora le había salido su plan y que debía

obrar con mucha astucia para vencer al Ogro del castillo y finalizar así su proyecto con todo éxito.

Llegado que hubo al castillo, se limpió las botas para no despertar sospechas, pues las llevaba muy sucias.

Golpeó a sus puertas y pidió permiso para hablar con él.

—Dígale — le dijo al sirviente — que deseo saludarle.

Le hicieron subir amplias escaleras alfombradas y llegó a una habitación del piso alto, donde el Ogro se estaba afilando los dientes antes de cenar.

—¡Hola! ¡Don Barrabás, qué gusto verle! — fué su saludo.

El Ogro le contestó cortésmente y le preguntó:

—¿Qué le trae por aquí don Gato?

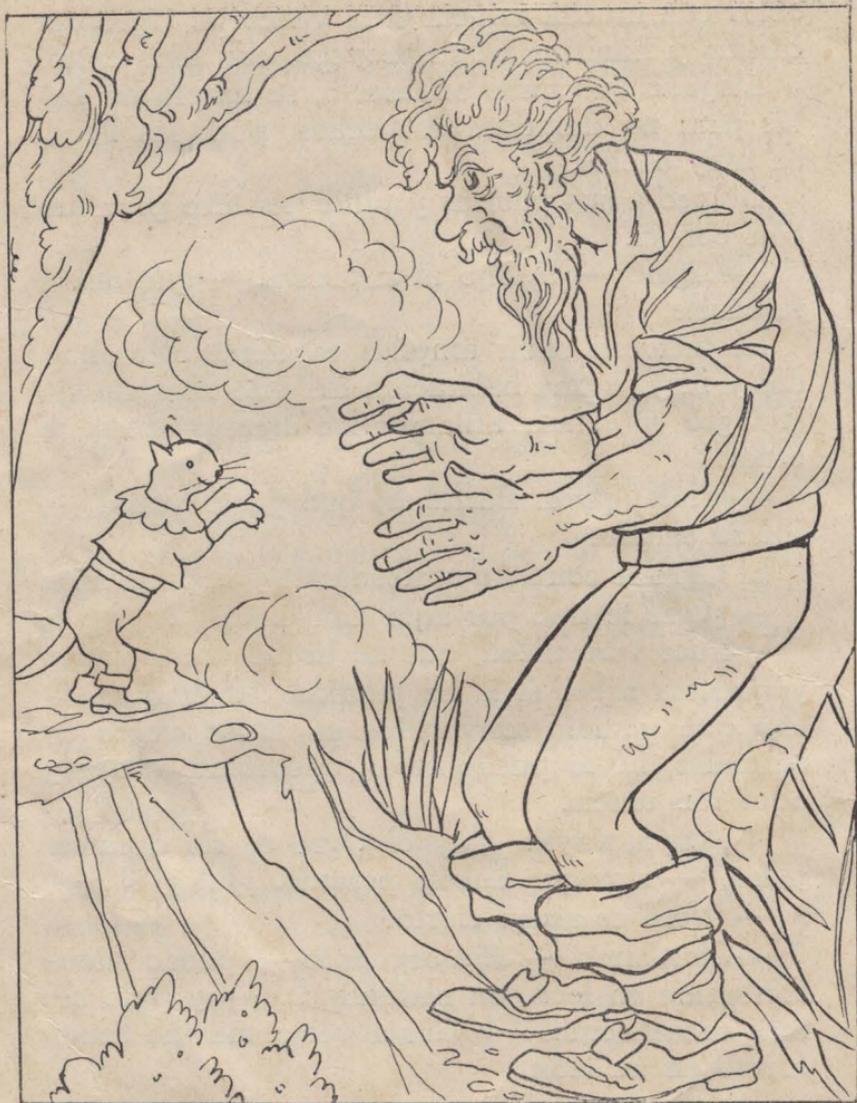
—Pues verá usted, que he hecho una apuesta y quisiera saber si la he perdido. Me habían dicho que podíais convertiros en todas clases de animales, no lo puedo creer, aposté en contra y aquí me tenéis.

—¡Vaya, vaya! — y el Ogro se rió a carcajadas, — con que habéis perdido. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

—¿Pero es acaso cierto?

—Ciertísimo — dijo orgulloso — puedo transformarme en león, en elefante... — y para ser más convincente. — Váis a ver como me transformo en un león.

En efecto, el gato pegó un salto al ver ante sí un león y se encaramó sobre un armario.



¿QUE LE TRAE POR AQUI, D. GATO

El Ögro volvió a su forma primitiva y el gato bajó confesando que había sentido miedo.

—Me han dicho también, pero yo no puedo creerlo que con igual facilidad podéis convertirlos en animales pequeños, por ejemplo un ratón. Tanto ya me parece imposible.

—¿Qué no? — replicó el Ögro. — Ahora mismo lo veréis.

Al instante quedó convertido en ratón, que empezó a correr por el suelo. Pero rápido como una centella, el gato saltó sobre el ratón y de un bocado se lo comió.

Cuando al pasar frente al castillo, el rey quiso entrar en él, pues no lo conocía, el gato salió a recibirle diciendo.

—Que vuestra majestad sea bienvenido al castillo del señor Marqués de Piedrabuena.

—¿También este castillo es vuestro, señor marqués?. Pues os felicito. Es algo maravilloso. Pasaré para observarlo.

Ofreciéndole el brazo a la princesita, el marqués siguió al rey hacia el interior, en una de cuyas salas estaba servido un hermoso banquete que el Ögro se había hecho preparar.

En el mayor de los asombros, el rey que había simpatizado tanto del marqués, es decir, de Pepito, le dijo:

—Está solo en vuestra voluntad, querido marqués, que queráis ser mi yerno.

Conmovido el marqués, es decir Pepito, hizo una profunda reverencia aceptando el honor que

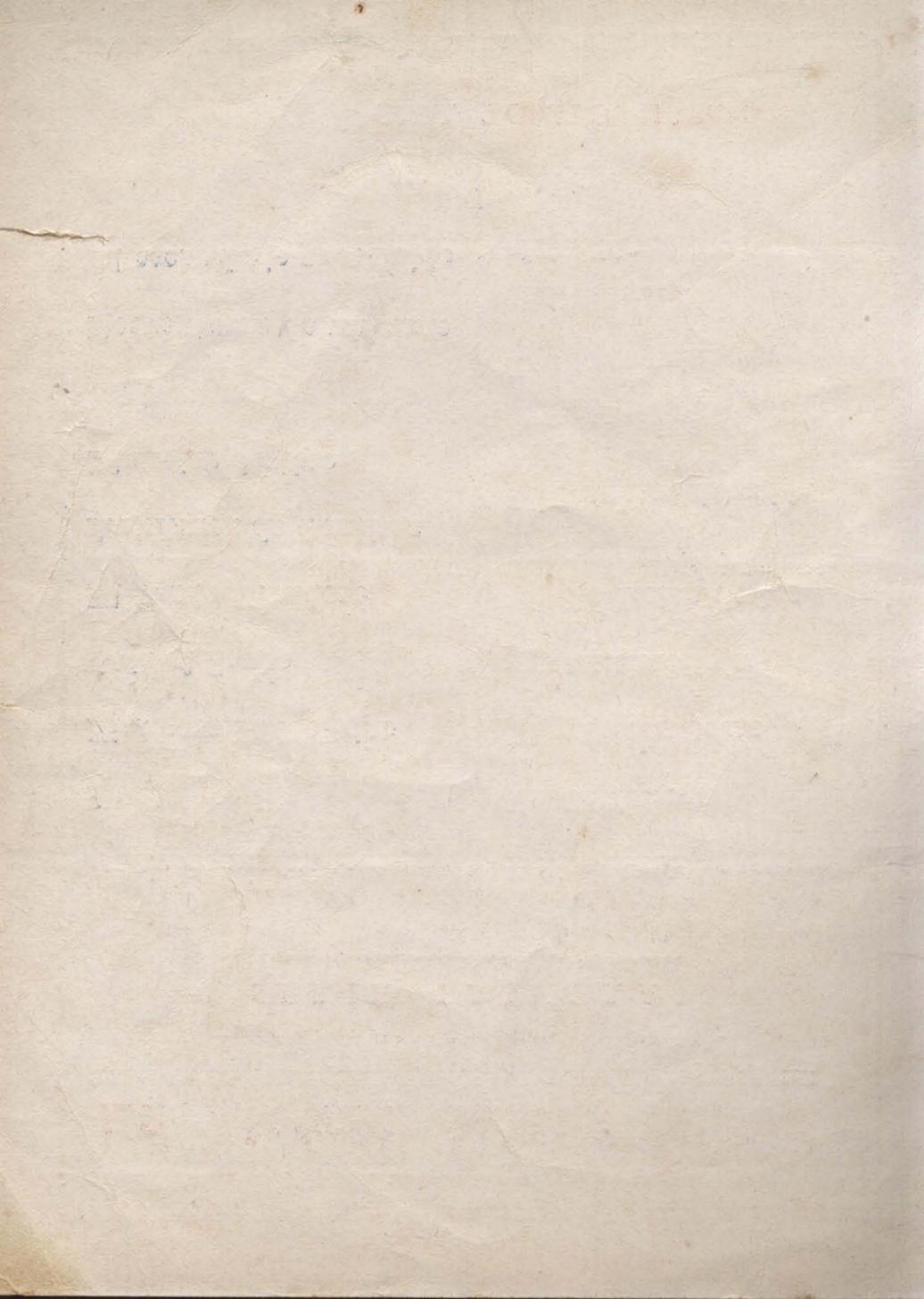
el rey le dispensaba. A los pocos días casóse con la princesa.

El gato, muy feliz se convirtió en señorón y no tuvo necesidad de cazar más ratones, sino tanto como para entretenerse.

Don Gato, o mejor el gato con botas, pudo probar que hay cosas que se dicen imposibles sin que sean tales. Pudiendo a veces, vencerse grandes dificultades, con la habilidad y la prudencia manejadas con acierto.

* FIN *

SC
41
C-LAN
0+



La Alegría de los Niños

SERIE PRIMERA

Amor de madre

La Pulgarcilla

El Avaro D. Rodrigo

Bajo el Sauce

El Cardo Vanidoso

Aventuras de 4 ratitas

El mejor destino

El trompo enamorado

Desventuras de un cisne

El escarabajo presumido

Barba Azul

La Cenicienta

El gato con botas

Caperucita Roja

La Reina de las
Morcillas

La princesa dormida

Piel de Asno

Las tres princesas

Grisélida

Pulgarcito

CADA TOMITO 10 centavos.